AÑO XXVIII
Número 1.373

Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

mundo gráfico

Miércoles, 23 de Febrero de 1938

40 cts.

LA CONQUISTA DRAMATICA DEL POLO

Los hombres de la expedición Papanin, en peligro

A la deriva en un bloque de hielo

Papanin, el gran sabio ruso, con su padre y con su esposa, el día en que partió hacia el Polo. A la izquierda, ved a este hombre admirable con su perro favorito

A veces, el panorama del mundo no ofrece solamente jornadas sombrías ni contornos dramáticos. Hay hechos que sitúan a la Humanidad en la verdadera senda de sus destinos, y que hacen ver al hombre que no todo es odio y dolor. Así, por ejemplo, esos hombres que vienen luchando en el Polo Norte contra tantos riesgos para añadir unas cuantas conquistas más a la Ciencia. Bella visión humana, junto a las otras visiones—exterminio, guerra y muerte—de los días actuales, en que la lucha, la amenaza de la lucha y el temor de la lucha son la única preocupación de hombres y países.

La expedición Papanin y la lucha de los que buscan entre los hielos a esos hombres son páginas que Julio Verne hubiese escrito. El hecho tiene una profunda emoción de ideal, una austera belleza, un magnífico espíritu de sacrificio. (Lección insuperable para los que se mueven con un apetito de conquista y hacen al hombre juego de intereses materiales). No es una expedición guerrera; no se trata de llevar a parte alguna el dolor y la muerte. Mientras otros luchan y matan, aquellos hombres, entre los hielos, se afanan, con riesgo de su propia vida, por añadir unos cuantos conocimientos más a los que la Ciencia tiene ya de la vida en las regiones polares.

Hace unos meses, varios hombres marchaban a esta tarea. Conocían los riesgos, las dificultades, las incomodidades que les esperaban. Pero su sentido del deber era más fuerte que todo. El profesor Schmidt —aquel del *Tcheliuskin*, ¿recordáis?—los despedía. Cuatro eran aquellos hombres. Y entre ellos, alma y cerebro de la expedición, el sabio Papanin. Llevaban el bagaje estricto, indispensable. El material necesario para las investigaciones que se proponían realizar. Utiles de trabajo... Schmidt los despidió emocionadamente. Todos—los que se iban y los que se quedaban—sabían que en la bella aventura podían arriesgar la vida. Papanin y los suyos marcharon con una risueña fe en su destino.

Coronaron el casquete polar; se instalaron en un banco de hielo; trabajaron afanosamente. Diariamente anotaban el resultado de su esfuerzo. Comunicaban al mundo el resultado de sus investigaciones. Día a día, la radio lanzaba sus noticias. La aventura podía seguirse a través de sus mismos protagonistas, que iban transmitiendo al mundo de modo constante sus impresiones desde el unánime paisaje blanco del Polo. En otras tierras, en tanto, los hombres luchaban y se mataban. Pero aquellos otros que en el Polo trabajaban por la Humanidad, con riesgo de la vida propia, afirmaban, con la verdad magnífica de los hechos, la fe en un mundo y un hombre mejores.

Durante todo aquel tiempo de la maravillosa aventura—seguida y vivida día a día por el mundo—, el banco de hielo en que Papanin y los suyos se habían instalado había tenido una consistencia extraordinaria. Pero insospechadamente se resquebrajó. Un bloque llevó a los expedicionarios a la deriva. Aquello podía significar la muerte.

No perdieron, sin embargo, la serenidad. Como tantas otras veces habían comunicado sus investigaciones, comunicaron ahora, sencilla y escuetamente, la noticia de que el banco de hielo se había roto y de que marchaban, sobre un bloque de él, a la deriva.

Papanin y los suyos, ante la nueva situación, reorganizaron su vida en las condiciones que les fué posible. Y continuaron comunicando al mundo, de modo constante y regular, la situación del trozo de hielo en que marchaban a la aventura, cara a los días inciertos.

Barcos rompehielos salieron en seguida en su busca. En uno de ellos iba el propio profesor Schmidt. Esfuerzo y angustia se fundían en el ánimo de aquellos hombres que intentaban encontrar a sus compañeros entre los hielos polares.

Y mientras sigue la busca esperanzada y angustiada al mismo tiempo, la radio de Papanin continúa diciendo día a día la situación del bloque de hielo que les lleva a la deriva, y las observaciones científicas que la extraordinaria aventura les permite recoger. ¿Llegarán a ser salvados por sus compañeros estos hombres que la realidad convierte hoy, sobre el Polo, en héroes de Verne? ¿O se hará un día el supremo silencio sobre esa voz de la radio que continúa aún hablando al mundo?

Historias de nuestra guerra

XXI

El TESTAMENTO

RECORDÁIS a aquel muchacho sevillano que días antes de estallar la sublevación facciosa se presentó en Madrid montado en un gigantesco aro de hierro?

Era un gitano de las entrañas de la Cava trianera. Tuvo por cuna una herrería, y antes que el sol de oro de la vega sevillana, pigmentó su piel de bronce el humo de la fragua gitana. Diamantes de fuego en chispas de yunque se le quedaron brillando en las negras pupilas, y en los oídos, la armonía de un lento son de *martinetes* castizos.

Aquel muchacho—palmera y bronce del Guadalquivir—era alegre como una *bulería*, y tenía la espiritualidad rebelde—enferma de nomadismo—de su pura raza *calé*.

José se llamaba, y desde muy niño supo de angustias proletarias, y le hirió en el alma la injusticia social. Más de una vez, en la Sevilla dramática, erizada de luchas obreristas, la casa de José fué refugio de perseguidos, y entre las escorias de la fragua se ocultaron las pistolas que luego, en días de huelga rebelde, repiqueteaban contra los tricornios de la Guardia civil.

Como el Camborio del poema lorquiano, José sabía de prendimientos, y había sido testigo, entre las palmeras del Parque de María Luisa, una noche lunada, del martirio de una cuerda de presos ametrallados sobre los rosales.

El gitano, espigado como un junco y ágil como un felino, tenía «hambre de espacio» y esa sed de caminos que es un tormento racial.

José había inventado un raro deporte: echaba a rodar un gran aro de hierro, saltaba dentro y empezaba a caminar, pisando, como si pedaleara con un ritmo acelerado.

De esta manera, carretera adelante, jinete en su llanta de hierro, salió José de Sevilla y se plantó en Madrid, creando un problema de conciencia a los guardias de la circulación, que no sabían si considerar al gitano como un peatón, y mandarlo ir por la acera, o como un vehículo, y dejarlo transitar por la calzada.

José tenía proyectado seguir su viaje hasta Barcelona para presentarse en la Olimpíada Obrera. Tenía segura la victoria de su deporte, sin competidor. Pero estalló el movimiento fascista, y José arrinconó su aro en una herrería de las Ventas y empuñó el fusil.

No hubo miliciano más entusiasta y alegre que él. Se batió en Guadalajara, y en los parapetos de la Sierra, con música de balas, cantaba tercios de *soleares*.

Vinieron los días tristes de Talavera y de Toledo. Allí estaba José compartiendo la desesperación, la viril rabia impotente de la retirada ante las máquinas enemigas, a las que sólo podía oponerse una muralla de pechos. De vez en cuando, José venía a Madrid. Una pátina de tristeza nublaba sus pupilas. Un breve comentario doloroso temblaba en sus labios. No iba bien la cosa. El camino hacia Madrid, regado de sangre heroica, se abría ante los invasores. Era el gesto de desesperación ante lo humanamente imposible. José, el animoso, estaba desanimado. En cada viaje bajaba hasta la herrería de las Ventas y contemplaba melancólicamente el aro. Una visita a «su caballo», decía él, y parecía temblarle en la voz la nostalgia de horas pasadas cuando, jinete en su llanta, para su espíritu andariego eran libres y pacíficos todos los caminos.

Llegaron los días duros y gloriosos de Noviembre. José se batía en los arrabales. El «¡No pasarán!» rugía su aliento frenético en las trincheras improvisadas en las barricadas ingenuas.

Una casita, casi una chavola, en los aledaños de Usera. Cuatro paredes, un tejaducho y una corraliza, con sombrajo, para las bestias. Vivienda de pobres gitanos, batidores de hierro, galopines del trato.

Allí se batía José, rodeado de camaradas. Vomitaban fuego los morteros enemigos, y las ametralladoras acribillaban la casuca.

A cada rociada mortífera, José, para animarse, entonaba fandangos antifascistas. Quien estaba con él los oía, y vió morir al bravo trianero. Se recibió orden de abandonar la casita, batida por todos los lados. José salía el último. Para él, en su parla pintoresca, las cosas no eran ni buenas ni malas: tenían o no tenían «salero». Esto es: le caían en gracia o no. Al salir de la casuca, acompañaba a José el dueño de la vivienda, gitano también, que había estado bravamente disparando tiros. José murmuró melancólicamente:

—Compare, la verdá es que esto de tené que abandoná tu casa a esa gentuza ¡no tiene salero!

Una explosión cercana. Y José que cae acribillado de metralla. Su compadre acude a socorrerlo, y José, con la muerte ya vidriándole las pupilas, aun tuvo fuerzas para sonreír una vez más y, crispado de dolor, decir:

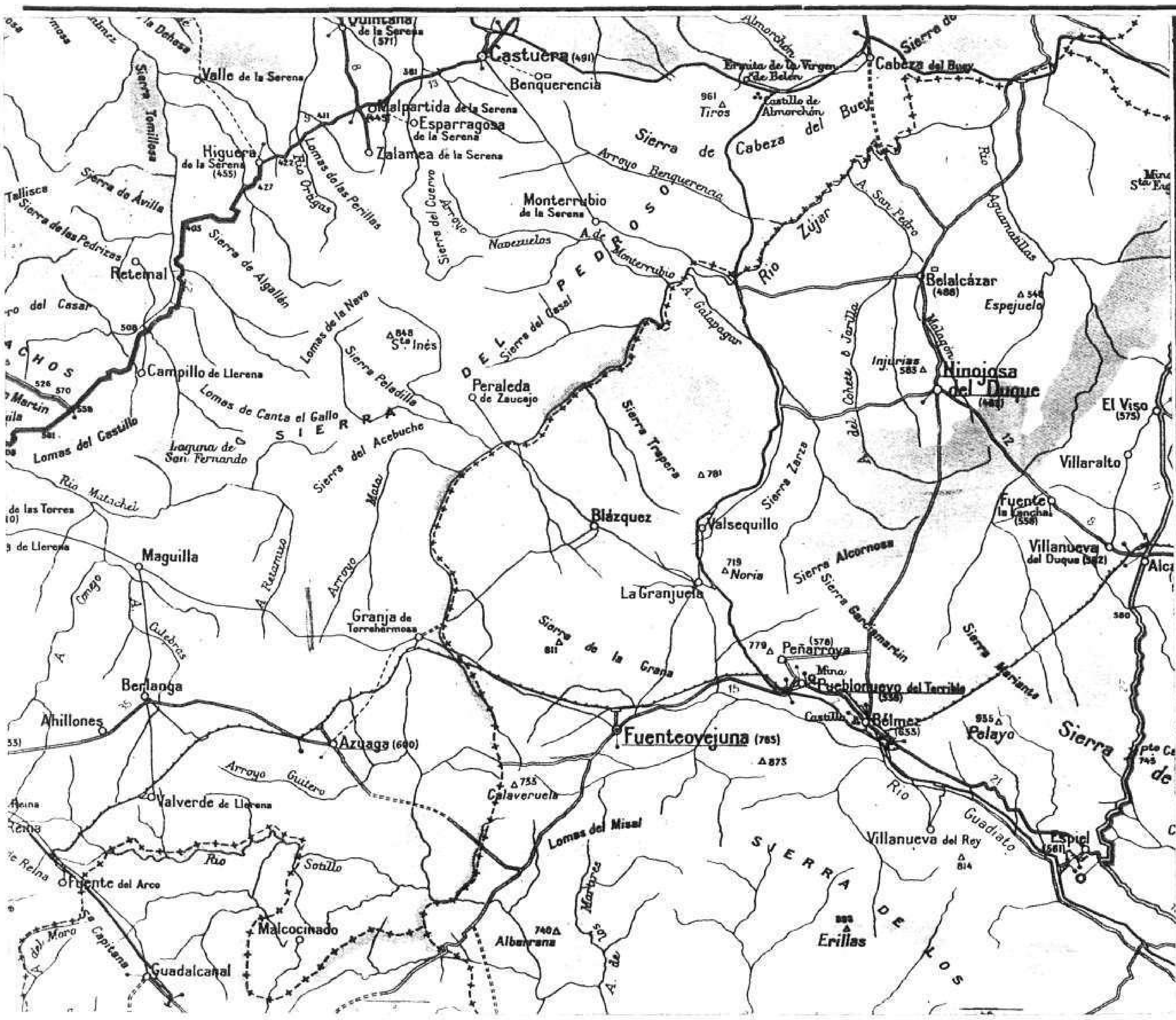
—Compare. ¡Esto se acabó! Lo que más siento es que se va a perder el invento mío. No he enseñao a nadie a corré como yo.

Hizo un supremo esfuerzo, y terminó:

—Compare, éste es mi testamento: por si tu *chaval* quiere aprender, ¡le dejo el aro!

Y no pudo decir más.

J. F.



Los escenarios de la guerra

•

Frente de Extremadura

Mademoiselle DOCTOR

La vida y las aventuras de una espía extraordinaria

IX

Vísperas de sangre en Europa

Tormenta en Europa

Desde Roma, realizado en seis días el servicio que su jefe le había encomendado, Ana María piensa gozosamente en una pausa de descanso. La última etapa de su vida había sido muy intensa: jornadas de un trabajo abrumador, horas de peligro, a veces. En la tibieza y bajo el sol de Capri podrían sus nervios fatigados hallar el buscado reposo.

Y hacia Capri se dispone a partir. Arregla sus maletas, con el gozo de vivir unos días alejada del trabajo y de la inquietud de siempre. Cuando en ello está, le suben los diarios que acaban de salir. Echa una ojeada sobre ellos, y el corazón se le sobresalta: se anuncia, con grandes titulares, el riesgo inminente de una guerra de trágicas proporciones. El horizonte internacional está enrarecido, cargado de amenazas peligrosas. La tormenta, inevitable ya, puede estallar de un momento a otro.

No cabe, en estas circunstancias, descanso ninguno para Ana María Lesser. Su actividad puede ahora rendir servicios de quién sabe qué incalculable valor. Si la guerra estalla, ella será la primera en estar en su puesto.

Cambia de itinerario. En vez de Capri, irá a París, para vivir las primeras horas de la gran tormenta, para obtener los primeros informes que puedan tener, por su rapidez, una excepcional importancia.

Se dirige al domicilio del agente permanente alemán en Roma.

—Necesito que me haga usted un pasaporte para poder entrar en Francia inmediatamente.

París canta

Desde Roma marcha, en coche, a Milán. Conoce aquí las noticias últimas sobre la tragedia inminente. Nada puede detener ya la guerra. Los países se disponen a la loca aventura. Es la hora nerviosa de las movilizaciones. Millares de hombres marchan hacia las fronteras de los pueblos que son presuntos beligerantes.

De Milán sigue a Vintimiglia, donde despide el coche. Unas horas en Vintimiglia le bastan para transformarse. Ana María Lesser es ahora una enfermera. Y así vestida, continúa el viaje hasta París. Son los últimos días de Julio de 1914.

Apenas llegada a París, se dirige al domicilio de Mr. Pisard, que es en aquella ciudad el agente permanente del Servicio alemán de información.

Cuando Ana María llega, Pisard, en un sillón de su despacho, está abrumado, rendido, inmóvil como un muñeco inerte y roto.

Por las ventanas llega desde la calle el clamor de la multitud, que pasa cantando. La embriaguez de la guerra llega a todos. Un coro ardiente de vítores y canciones asciende desde las calles, congestionadas. Todo un pueblo se lanza a la guerra apasionadamente. Angustiado y pálido, Pissard sufre en silencio por su patria, por las horas tremendas que le esperan.

«Mademoiselle Doctor», en París

—¿Qué es eso, querido Pisard? ¿Qué le pasa a usted?

Pisard mira asombradamente a aquella mujer, a la que no recuerda haber visto nunca.

—Perdóneme, señorita... Pero no recuerdo...

Ella se echa a reír. Después, en voz baja, le dice:

—No se asombre. No me mire así. Yo soy «1 y 4 G. y W.».

La expresión de Pisard se transfigura instantáneamente al oír estas palabras. Su voz cobra un brío nuevo. Los ojos le brillan con una alegre intensidad.

—¿Usted?... *¿Mademoiselle Doctor?*... ¿Cómo se ha arriesgado a venir hasta aquí?... En estas circunstancias puede ser de un gran peligro...

Hablan apresuradamente, como a saltos. Desde la calle sigue llegando el clamor de la multitud. Gritos, vivas, canciones. Hombres y mujeres pasan cogidos del brazo, cantando a coro:

Allons, enfants de la patrie,
le jour de gloire est arrivé...

De vez en cuando, la canción calla. Mueren las estrofas de *La Marsellesa*. Y de los centenares de gargantas sale entonces un grito gigantesco:

—¡A Berlín!... ¡A Berlín!...

Vísperas de sangre

Pisard habla de lo que en aquellos días ha hecho. Ha trabajado intensamente, siguiendo al día todas las salidas de tropas, yendo de estación en estación, hablando con unos y con otros. Ha charlado con los militares que marchaban de París, ha obtenido datos de interés sobre el avance que el Ejército francés se dispone a realizar en cuanto el Mando lo ordene.

De todo ello se entera Ana María minuciosamente. Sobre un papel finísimo en letra muy menuda, quedan reflejados aquellos datos. *Mademoiselle Doctor* esconde el papel en el pecho.

Pisard extiende una serie de documentos nuevos a la espía. Entre ellos, un pasaporte, en el que Ana María figura ser hija de un oficial del Ejército belga. También un documento en el que consta que la muchacha es enfermera y ha de trasladarse cuanto antes a los hospitales belgas de sangre.

Todo ello ha sido hecho en unas horas. Ana María y Pisard se despiden alegremente con un fuerte apretón de manos.

—Me siento otro desde que usted ha llegado. Le confieso que antes estaba deprimido...

—Seguramente no nos veremos ya, amigo Pisard. Yo voy a empezar a trabajar ahora mismo.

Ana María baja a la calle. Y ya en ella, se mezcla a la gente que desfila cantando *La Marsellesa*.

Un gesto audaz

Ha de trasladarse cuanto antes a Bélgica. Unirá los informes recogidos por Pisard a los que obtenga ella misma, y tratará de pasar a Alemania desde el territorio belga.

Pero todo esto es ahora muy difícil. Se vigilan muy estrechamente todas las actividades. Cualquier actitud y cualquier movimiento sospechosos han de ser aclarados inmediatamente.

Piensa Ana María que la audacia puede serle decisiva en estos instantes. Se arriesgará en un paso atrevido, se decidirá a algo que, si la acompaña la suerte, puede convertirse en un éxito magnífico. Claro es—piensa—que si fuese descubierta su verdadera personalidad... Pero ella espanta pronto toda idea de peligro. Tiene una fuerte confianza en sí misma.

Se dirige a la División de Transportes de la guarnición de París para tratar de obtener un medio urgente de traslado a Bélgica. *Mademoiselle Doctor* está más bella que nunca. Sus ojos profundos y suaves, su fina sonrisa, su figura llena de feminidad, causan una honda impresión en cuantos la ven. A su paso van abriéndose todas las puertas. Así llega hasta el despacho del jefe encargado de los transportes para Bélgica. Y consigue de él un asiento en el autocorreo París-Bruselas. En ese vehículo, precisamente, han de marchar también, vestidos de paisano, unos cuantos oficiales del Estado Mayor francés...

En el próximo número: **X.-Informes militares entre palabras de amor**

Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

Triste proeza

ERA uno de esos días magníficos de sol que infunden en el alma la alegría de vivir. Los ojos se deleitan contemplando el magnífico panorama que presentan los campos.

Parece que la guerra no ha clavado su garra sangrienta en estos pueblecitos. Se diría que la guerra es una pesadilla y que todo el horror de ella que pasó por aquí se difuminó para siempre en el recuerdo. No se oye un tiro en toda la llanura ni en los montecillos próximos. Por los surcos se siluetan las figuras de los campesinos, entregados afanosamente al trabajo.

De pronto, un escalofriante silbar, muy conocido por nosotros, nos vuelve a la brutal realidad: es la guerra.

Desde muy lejos, el enemigo sacia su saña en un pueblecito que no tiene más «objetivo militar» que el estar habitado por labradores leales. La batería enemiga vomita metralla, con esa fría, matemática crueldad que, por lo que tiene de rencor metódico, de mal consciente y sin provecho, produce en el alma la máxima crispación de odio.

El bombardeo feroz, a mansalva, sin otra utilidad que la de hacer daño porque sí, a sabiendas de no lograr nada práctico, continúa durante mucho rato.

Se acercan entonces los aviones nuestros de reconocimiento, y apenas aparecen en la altura, los cañones enemigos callan cobardemente.

Llegamos con toda la rapidez posible al pueblo, y vemos el resultado de la «proeza»: varias casas de humildes labradores están deshechas.

Y de entre los escombros de una casita blanca están sacando el cuerpecito destrozado de una niñita de cuatro años, que se hallaba durmiendo, soñando, quizá, con las cosas bonitas que su madre le contara para ayudarla a conciliar el sueño.

Es la única víctima de la «proeza» fascista. Se piensa en lo que ha durado el bombardeo, el coste enorme de los proyectiles, el valor de los cañones, los años de estudio que los «técnicos» de que tanto se enorgullecen los fascistas habrán necesitado para llegar a dominar esta «papeleta»: disparar con seguridad de tiro potentes baterías, documentarse en las más complicadas ciencias para lograr esto. *Esto* es la muerte de una niñita de cuatro años.

Contemplado el doloroso cuadro, resume nuestra emoción con estas justas palabras:

—¡Qué crimen más cobarde! ¿Por qué no vienen a buscarnos el pecho con sus armas a nosotros, que sabemos responderles?—LUIS BENÍTEZ».

Por el herido

«Cuando, al entrar en Teruel, pudimos ver el lamentable estado de abandono en que los facciosos tenían a los soldados heridos, cómo éstos se lamentaban de que los cabecillas rebeldes no se preocupaban de ellos, considerándolos «carne de cañón», me vino a la memoria un episodio presenciado por mí en el frente de Guadalajara, días antes de la batalla gloriosa de Brihuega.

Fué el protagonista un capitán ayudante de la brigada que entonces llamábamos de *el Campesino*. En aquella época, este capitán era médico militar de vanguardia.

Mi batallón había dejado un cerrillo, por haberlo localizado los cañones del enemigo, y combatíamos no lejos y bien parapetados.

Para que el enemigo siguiese concentrando sus fuegos en la posición dejada por nosotros, se había dado orden de que se colocasen en la trinchera, lo más adecuadamente posible, todos los bultos, ropas, macutos, etc., de forma que simulasen que eran combatientes defendiendo aquella presa.

Y que «picaron» en el engaño los facciosos lo probaba el que seguían concentrando sus fuegos en el montecillo.

Como duraba mucho la acción, en un momento de tregua me decidí a ir al montículo para recoger mi capote y unos guantes que había dejado allí.

Aprovechando las ventajas que me ofrecía el terreno, llegué al sitio que yo creía desocupado, y donde, con gran sorpresa, oí voces enérgicas que salían del interior de un refugio construído hacía ya tiempo.

Antes de reponerme de mi sorpresa, vi que de la obscuridad de la zanja salían dos camilleros, pálidos, temblorosos, avanzando con mucha precaución. Realmente, el fuego enemigo era en aquellos momentos intensísimo.

Al lado de la camilla en que portaban a un herido iba el practicante, que decía con coraje:

—¡Adelante! Pase lo que pase, hay que llevarse a este herido. ¡Si no lo curan en seguida, se muere! ¡Y él es primero que todo! Venid. Yo voy delante.

Y «tirando» materialmente de los camilleros que aun se resistían a seguirlo, salieron de la posición, buscando los bajos de unas hondonadas, desafiando a la muerte, de la que la bravura de aquel jefe había salvado a un compañero. Supe luego que habían llegado a tiempo de hacer la cura salvadora, y he tenido luego el gusto de abrazar a aquel practicante, que es hoy un heroico capitán.—JORGE ALVAREZ RIEGO».

La vida del Teatro en Madrid

Un estreno en Eslava

La semana última se estrenó en Madrid el vodevil «¡Hijos de mi vida!», letra de González Alvarez y música del maestro Sama. El público subrayó constantemente con sus aplausos la gracia del libro y la jugosa inspiración de la música. He aquí una de las más divertidas escenas de la nueva obra

(Fot. Videa)

EL AMOR EN LA GUINEA

Las mujeres se venden en matrimonio por trescientas pesetas

¿DÓNDE va toda esa gente que arma tanto estrépito?—pregunté, curioso y casi molesto por el vocerío de los que ocupaban aquellos dos camiones que acababan de adelantársenos en la carretera que conduce de Ebibeyin a la costa.

—Van a Bata, a la Curaduría, y de allí, a embarcar para la isla.

El hombre blanco que me había respondido se creyó en el caso de agregar aún:

—Son braceros que se contratan para trabajar en Fernando Póo y, desde luego, para poder casarse.

Como este último extremo no me era desconocido, no pregunté más, y seguí observando a aquellos negros que, como racimos humanos, seguían su camino sobre los coches, cantando desaforados y satisfechos ante la amable perspectiva del futuro matrimonio. Unas horas más tarde estarían en Bata, la diminuta capital de la Guinea Española, ya dispuestos para el embarque. Y a la vuelta de uno o dos años, el amor —un amor bastante relativo, como el lector podrá apreciar más adelante— se consagrará, por virtud del esfuerzo de estos hombres que habrán adquirido el derecho a su felicidad.

* * *

Muy alborozado, corriendo a brincos casi, y ante la sonrisa irónica del reclutador de braceros que acaba de adelantarle 350 pesetas, tras el obligado compromiso de inscripción, aquel negro, Bakale, Fernando Bakale—no se me ha olvidado el nombre—, se dirigió a una de las casas del poblado, donde ya iba, presuroso, el *kukuman* (jefe de tribu).

Allí estaba la futura esposa. Allí también los padres, que recibieron al recién llegado y al *kukuman* con grandes zalemas y discursos para mí completamente incomprensibles. Todos parecían contentos, menos quien, lógicamente, debía estarlo más. «Ella» ni hablaba ni se enternecía.

Tras una extensa perorata, llena de gestos y ademanes casi cómicos, Bakale echó mano a su dinero y depositó sobre una gran lata de gasolina, vacía, 300 pesetas, que el padre de la muchacha se apresuró a recoger y contar.

—Ahora verá usted con qué tranquilidad el padre entrega la hija a este pobre diablo —me dijo el reclutador, que estaba a mi lado, acompañándome.

—Bien; pero habrá alguna ceremonia...

—¿Ceremonia? Entregarla. Cogerla de la mano y dársela... ¿Ve usted?

En efecto. En aquel instante, el padre le dió un empujón a la muchacha, y tomándole una mano, hizo ademán de entregársela a Bakale. Este, satisfecho, la tomó y comprobó con sus dedos si los biceps de los brazos de su futura estaban todo lo desarrollados que él debía suponer. El examen debió dejarle complacido, a juzgar por su sonrisa de triunfo. La madre encajó, a su vez, su discurso, y el *kukuman*, entonces, tomó en sus brazos a la muchacha—que, dicho sea en su honor, no era fea—e hizo ademán de restituirla. Pero Bakale dijo algo que no entendí, y el reclutador, separándose de mi lado, intervino no muy satisfecho, al parecer. Cuando regresó y todo parecía resuelto, me expuso:

—Este majadero se ha empeñado en llevársela con él. Es un caso poco frecuente. Por lo general, dejan a las mujeres depositadas, una vez hecho el pago de las trescientas pesetas, que es lo que valen, y las recogen al volver de la isla. Ahora, con este motivo, habrá *balele*, y yo tendré que perder aquí un día. En fin, iremos a algún poblado cercano mientras éstos bailan. No creo que quiera usted sufrir horas y horas una de estas fiestas monótonas y sin gracia.

Bakale desapareció, llevándose a su mujer, después de saludarnos muy contento.

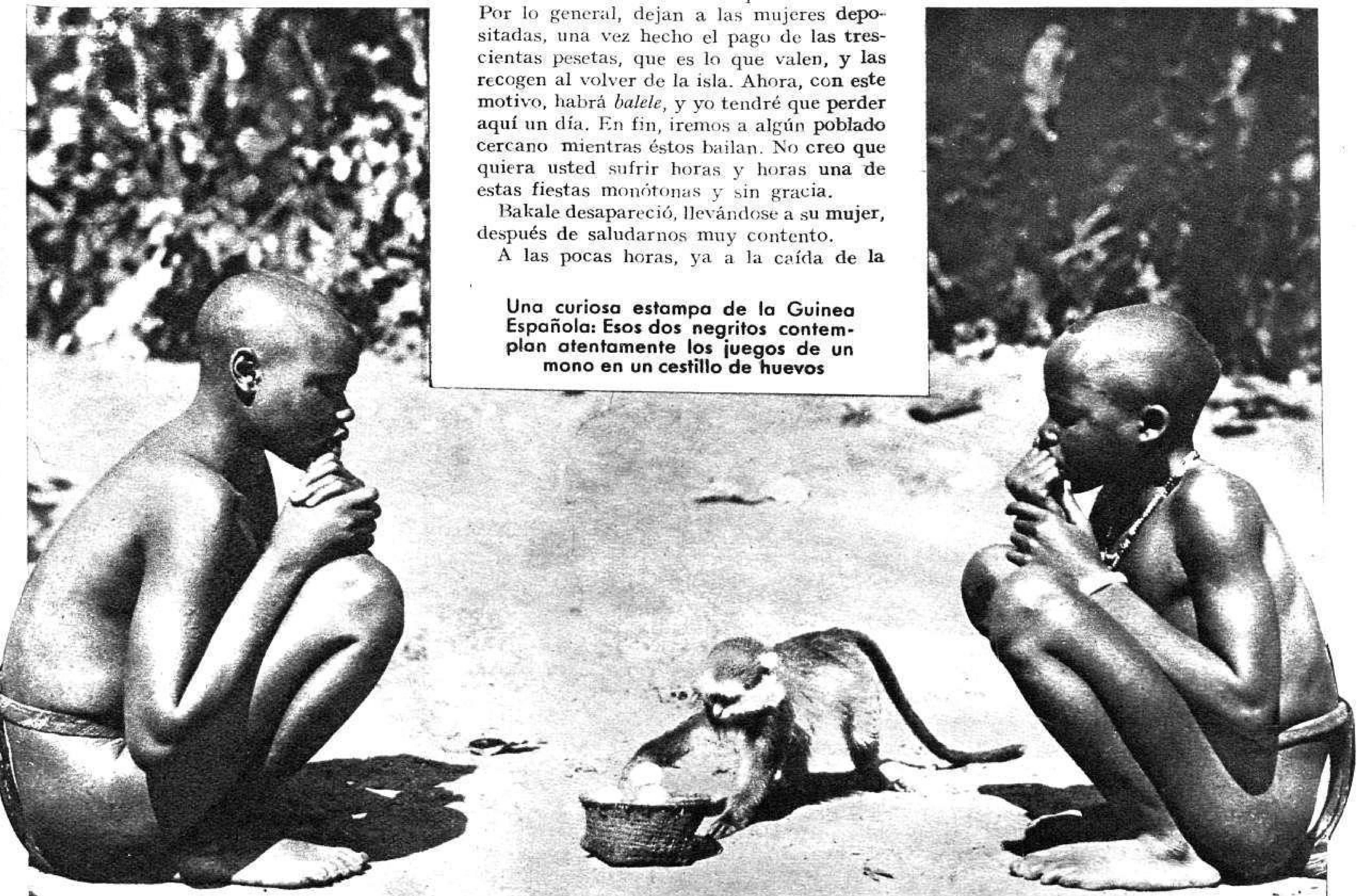
A las pocas horas, ya a la caída de la tarde, se organizó el *balele*. Todo el poblado estaba de fiesta. Sonaban los tambores y las *tumbas*, y hasta los chiquillos comenzaron a bailar, imitando a los mayores, que se contoneaban y hacían unos raros aspavientos con breves pasos de danza harto primitiva, conservando todos los danzantes cuatro filas bastante simétricas.

Los indígenas bailan cada vez con mayor entusiasmo. ¿De dónde habrían salido aquellas botellas de vino y de coñac que apuraban? No hay que olvidar que estábamos casi en el corazón de Guinea y, por tanto, muy alejados del área de los poblados importantes. Pero..., aunque esté prohibido, el alcohol aparece siempre en los *baleles*.

* * *

Al pasar por Alam, un poblado que está muy próximo a la frontera del Camerón y el Gabón, pude conocer un caso muy característico de la raza pamúe. Es el caso de un *kukuman*, joven aún y bien parecido, que posee treinta y tres mujeres. ¡Treinta y tres mujeres!... Todas son sus legítimas esposas, que vienen a representarle un capital de 9.900 pesetas, ya que cada una le ha costado 300, según la tarifa ordinaria. Es un hombre rico y feliz. Feliz, a pesar de las infidelidades conyugales; es decir, casi más feliz gracias a ellas, puesto que éstas se sancionan, según la justicia indígena moderna, con una multa de 25 pesetas, que abona el amante, denunciado, por regla general, por la propia adúltera, y de las cuales percibe el marido burlado 15 ó 17, pues el resto se aplica al Patronato de Indígenas.

ALFREDO SERRANO



Una curiosa estampa de la Guinea Española: Esos dos negritos contemplan atentamente los juegos de un mono en un cestillo de huevos

espectáculos

PARDIÑAS

TODOS LOS DIAS

El Ruiseñor

de la Huerta

La obra cumbre del

PASTOR POETA

TIVOLI

TODOS LOS DIAS

Un par de gitanos

por ***Stan Laurel***
y ***Oliver Hardy***

DOS HORAS DE RISA

2.ª semana

FIGARO

Programa doble

ESPOSAS DISTRAIDAS, gran éxito de risa, y UN CRIMEN PEREECTO, interesante film policíaco

Una hora de intriga y emoción

ROYALTY

Gran éxito

¡Hola, bombero!

por JOE E. BROWN (BOCAZAS)

DOS HORAS DE RISA

BARCELO

Grandioso éxito de la superproducción

Entre esposa y secretaria

con Clark Gable, Jean Harlow y Myrna Loy

DURRUTI

GRANDIOSO EXITO
de la interesante película

Un perfecto caballero

VARIETÉS con

Conchita Córdoba, Carmelo Lafuente, Serapio Gutiérrez, Rosa de Andalucía, Rosita Durán y Castex

PANORAMA

Todos los días,

En pos del amor

VARIETES
CON

Carmen Iberia, Mercedes Sevilla y Carmen Flores

SEGUNDA SEMANA
de actuación triunfante.

GOYA

PROXIMO JUEVES

EL TERROR DE LA INQUISICION

Un interesante film en español

CALATRAVAS

GRAN EXITO
del formidable film

El misterioso
Doctor Carpis

Sublime creación de
ADOLEH WHOLBRUCK

AVENIDA

TODOS LOS DÍAS

BAJO DOS BANDERAS

SUBLIME CREACIÓN DE

CLAUDETTE COLBERT y RONALD COLMAN

8.ª SEMANA DE
EXTRAORDINARIO EXITO

MADRID - PARIS

TODOS LOS DÍAS

El Duque de Hierro

INSUPERABLE CREACIÓN DE

GEORGE ARLISS

FANTÁSTICA VISIÓN
DE LA BATALLA DE WATERLÓO

LATINA

TODOS LOS DIAS

"MI CARMEN"

por Fifí Morano, Marcos Cejudo y MARIO GABARRON (caso único: un tenor que canta flamenco)

Palacio de la Müsica

Continúa el enorme éxito de

Tripulantes del cielo

Genial creación de
Annabella y Jean Murat

3.ª semana

RIALTO

TODOS LOS DIAS

Vampiresas 1936

El éxito de los éxitos

Fin de fiesta con

La Yankee

GENOVA

Una gran película de intriga

HORROR EN EL CUARTO NEGRO

Creación de **Boris Karloff**

Sugerencias para la retaguardia

Los jardines y solares madrileños, ¿no podrán convertirse en huertas?

A los camaradas de la colectividad de Trabajadores del Mercado Central de Frutas y Verduras.

El problema del abastecimiento de Madrid sigue siendo una de las más importantes preocupaciones del Gobierno y de las autoridades de la capital de la República. El propio presidente del Consejo de Ministros hubo de alabar la buena fortuna con que aquí se ha afrontado el problema en cuanto se refiere a la organización de un sistema distributivo que tiene por base la equidad, fundamento de la verdadera justicia.

En cuanto a la cantidad, la cuestión sigue presentando obstáculos que en ocasiones diríanse insuperables, si no fuera porque, a tono con las circunstancias, Madrid sabe hacerles cara con ese heroísmo cívico y ese espíritu de sacrificio que han hecho de nuestro pueblo guía y ejemplo del mundo.

En esta texitura, todas las sugerencias que tiendan a aliviar el problema de los abastos madrileños deben ser tomadas en cuenta y estudiadas, si son dignas de ello, como una forma leal de colaboración y solidaridad.

Examinemos, a este respecto, uno de los aspectos del problema. El año pasado, durante el verano, Madrid careció casi en absoluto de frutas y verduras. Se restringió el consumo, adaptándolo al ritmo de la producción en las huertas de los alrededores de la ciudad. Fué muy escasa la aportación de frutas y verduras hecha por Levante. De un lado, por la escasez de transportes, y de otro, por el tope de precios que suponía la tasa que regía en Madrid, y no en otros mercados de la España leal. Y como la ley de oferta y demanda sigue rigiendo el mundo de los negoc.os, la gran producción frutera y hortícola de Levante fué absorbida por otros mercados de mayor poder adquisitivo.

Para este año, el problema se presenta con las mismas características. Y la cuestión tiene una importancia vital, porque una de las endemias más temibles de las épocas de escasez es la avitaminosis, de dramáticos efectos en la salud pública.

Como un consumo regular de frutas y verduras garantiza contra ese peligro, es llegado el momento de preguntarse si Madrid, que tantas cosas ha sabido improvisar para su defensa, no será capaz de bastarse también a sí mismo en este aspecto.

Permítase una sugerencia a un profano en técnica agraria. La solución quizá sea pueril; pero también puede ser el «huevo de Colón» en materia vegetal.

Cieto que no se pueden improvisar bosques frutales en Madrid. Pero no puede decirse lo mismo de las huertas. Madrid tiene terreno sobrado para ello: docenas de jardines públicos y particulares de gran extensión y, sobre todo, millares de hectáreas de solares que hoy, paralizados los trabajos de construcción, no rinden utilidad alguna. Terreno todo él apto para plantar huertas. En ciertas hondonadas del barrio de Salamanca, en todas las colonias de hoteles de los alrededores urbanos, la iniciativa particular labra huertecillos que dan buen provecho. Convertir todo o gran parte de ese terreno erial y los jardines de simple ornato—no están los tiempos para recreos estéticos—en tierra de labor, no exigiría grandes trabajos, sobre todo cuando se multiplican las parcelas pequeñas entre viviendas que un solo hombre puede atender cumplidamente.

Existe, pues, la tierra, y tierra de buena calidad, para estos fines. Si no se debe malgastar el agua, tampoco, por fortuna, nos angustia la escasez. El caudal líquido que antaño se consumía en el riego de parques y jardines puede emplearse en las huertas, y aun en las pequeñas parcelas entre viviendas el vecindario sabría imponerse una austeridad disciplinada y restringir el consumo doméstico, para emplear la economía en el riego de las huertas, donde tendría alimento y salud.

La mano de obra no habría de faltar. La tarea no requiere gran técnica para cualquier trabajador, y, además, ahora viven en Madrid varios millares de campesinos evacuados de sus pueblos, y que podrían encontrar adecuada tarea y adiestrar a los demás obreros que se necesitaran en los usos y costumbres del buen labrador.

Como la tierra, el agua y los hombres, tampoco escasearían los abonos en una ciudad de más de un millón de habitantes. Las basuras que hoy se están pudriendo inútilmente en los vertederos serían un tesoro para las huertas urbanas.

Tampoco, en esta época del año, para el Municipio o el Estado es problema de gran cuantía la adquisición de semilleros, ni puede pensarse en un fracaso financiero, porque la huerta, en nuestro clima, es siempre reproductiva.

No cabe objetar las dificultades de establecer una vigilancia copiosa sobre las tierras cultivadas. Aparte de que el Municipio y el Estado disponen de nutrido personal de guardas, no faltaría en esto la colaboración ciudadana.

Madrid tiene dados sobrados ejemplos de urbanismo, y, lo mismo que en tiempos normales nadie osaba arrancar una rosa del parterre de un jardín público, nadie estropeará ni hurtará los frutos destinados a las necesidades de todos. La misma austeridad disciplinada, cívicamente heroica, que Madrid ha puesto en cumplir otras consignas de guerra, la pondría en el trabajo y la custodia de sus huertas.

¿Vale la pena de estudiar esta sugerencia? A los camaradas del Consejo Obrero del Mercado Central de Frutas y Verduras de Madrid. A ellos, que conocen a fondo el problema y que ponen todo su celo en intentar resolverlo, va dedicada.

Si el ensayo se realizase felizmente, el Madrid heroico, que tantas grandes cosas ha sabido ya sacar de sus entrañas, daría un nuevo y magnífico ejemplo al mundo.

JUAN FERRAGUT

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15 — **CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS**

TAQUIGRAFIA, por Martín Eztala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Sexta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

PARA anunciar en esta sección diríjase a «Publicitas». Avenida de Pi y Margall, núm. 9, entresuelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

PARA ADELGAZAR

SABELIN

Composición de hierbas medicinales. No deja señales de la OBESIDAD, conservando las carnes fuertes y sin arrugas. NUNCA PERJUDICA. ¿Quiere convencerse? Pruebe tan sólo una caja o pida folleto a **Laboratorio Sokatarg, Ter, 16, Barcelona.** Agente en Cuba: J. Carlos Guasch, Apartado 825, Habana.

VENTA EN PRINCIPALES FARMACIAS

Depósitos en Madrid: Durán: Tetuán, 9.—J. Martín: Alcalá, 2.—F. Casas: Mayor, 6.—Riesgo: Mayor, 7.—Gayoso: Arenal, 2

Señora: RECUERDE MENSUALMENTE

PERLAS FEMI

SIEMPRE BENEFICIOSAS PARA LA SALUD

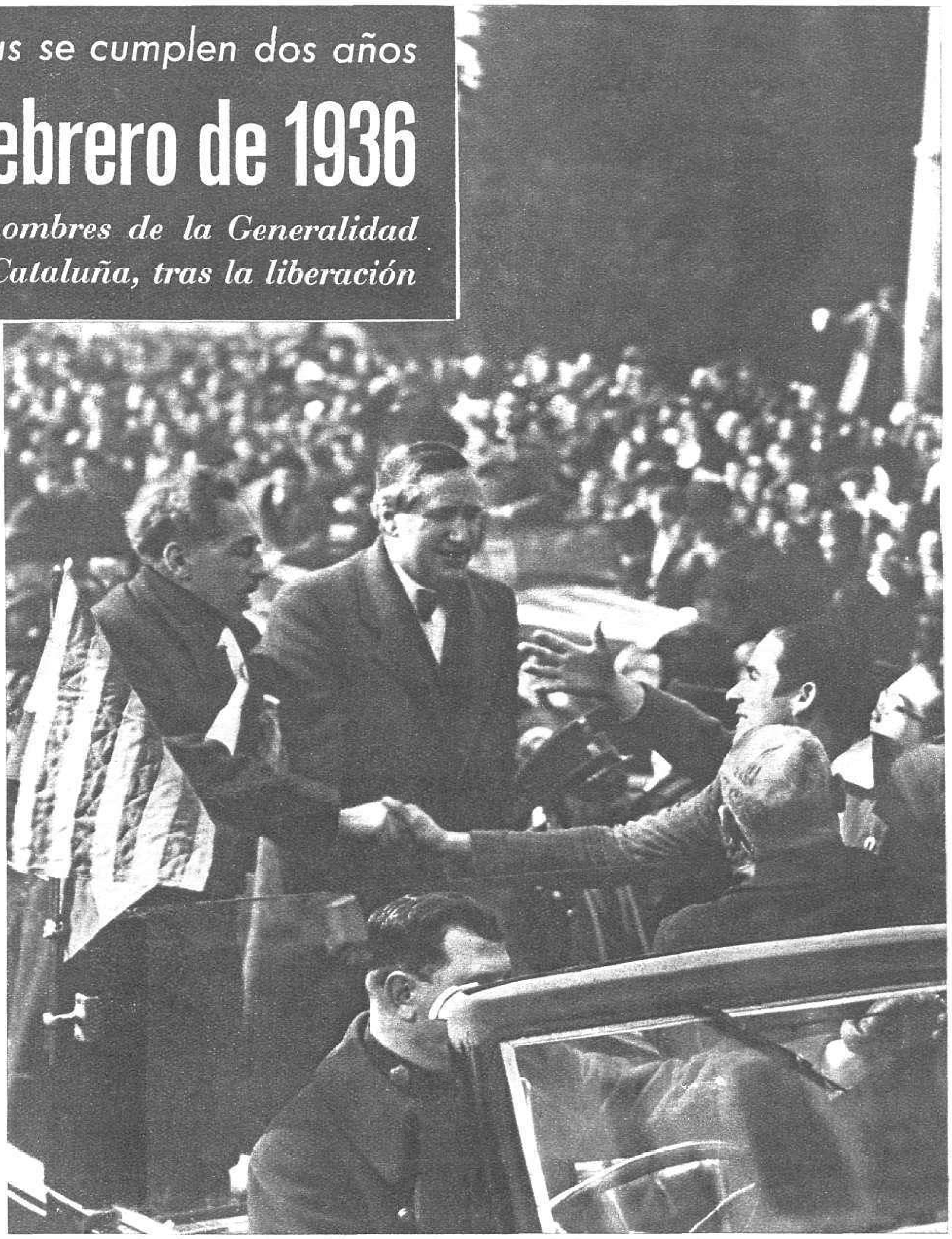
DE VENTA EN FARMACIAS

Por correo certific. Ptas. 14.50 a Dr. Viladot - Cjo. Ciento, 303 Barcelona

En estos días se cumplen dos años

16 de Febrero de 1936

Cuando los hombres de la Generalidad regresaron a Cataluña, tras la liberación



Ahora se cumplen dos años de aquel día en que Barcelona se desbordó en entusiasmo y en alegría para recibir a Luis Companys, que regresaba a la ciudad después de su liberación (Fot. Torrents)

El Almanaque ha traído de nuevo a la vida española la fecha del 16 de Febrero. Se cumple el aniversario bajo un cielo de drama. Desde aquella fecha, las cosas de España han caminado con una velocidad cinematográfica, con un febril ritmo de vértigo. En dos años, el país ha vivido con una intensidad desconocida. Instantes de hoy hubiesen sido, ayer, años. Nunca las horas estuvieron tan repletas de contenido y de significación como estas que hoy vive España.

Estos días hace dos años que las multitudes vivieron el júbilo de su triunfo electoral. En los días anteriores al 16 de Febrero, la pasión había alcanzado su grado máximo. Tras la jornada electoral, los hechos —consecuencia de ella— fueron sucediéndose con una infatigable rapidez. En la Presidencia del Consejo, don Manuel Portela era sustituído por don Manuel Azaña. Se abrían las cárceles para los condenados de Octubre. Un ancho júbilo llenaba los corazones proletarios. En España se iniciaba una nueva etapa política.

De aquellas horas cuyo segundo aniversario se cumple hoy tuvieron una fuerte emoción las que vivió Cataluña al regresar a ella los hombres de la Generalidad. En Cataluña, el factor efectivo, la riqueza emocional, son siempre entrañables. Hombres y cosas saben tener siempre en Cataluña una honda valoración sentimental. Así, en aquellos días finales de Febrero, la emoción popular se desbordó al acoger a los hombres que regresaban de los Penales, amnistiados por el voto de las multitudes catalanas.

Son difícilmente olvidables aquellas jornadas. Companys, Lluhí, Comorera regresaban del Penal del Puerto de Santa María. Del de Cartagena, Gassol, Mestres, Barrera, Martí Esteve. Todos ellos habian vivido juntos las horas de prisión y de recuerdo, hasta que unos meses antes hubieron de separarse en Ocaña, cada grupo camino del Penal correspondiente. Había que empezar a cumplir la condena. Juntos salieron de Madrid, y al llegar a Ocaña—bifurcación de las carreteras de Albacete y de Andalucía—los coches, unos siguieron por un camino, y los restantes, por el otro. Hubo, primero, en aquella separación de caminos, un refrigerio breve y un adiós emocionado. Después, por las dos carreteras distintas, espesas nubes de polvo fueron ocultando a los dos grupos de coches.

Al cabo de unos meses, en Ocaña también, aquellos siete hombres, libertados ya, volvían a juntarse. Venían del Puerto de Santa María Luis Companys, Lluhí, Comorera. Veníàn de Cartagena Gassol, Mestres, Barrera, Martí Esteve. Bajo la noche fría y obscura de Febrero, a la luz de las estrellas, se abrazaron los libertados. ¡Qué distinto aquel momento del vivido allí mismo unos cuantos meses antes!

Después, juntos ya todos, Madrid. Y tras unos días en la ciudad, el regreso a Barcelona, que aguardaba con los brazos abiertos. El tren partió una noche de Madrid, entre un clamor de vítores. Apenas había estación en que los libertados no tuvieran que asomarse a la ventanilla para responder a las aclamaciones de la multitud. Amaneció por tierras de Cataluña. Era fiesta en todos los pueblecitos del itinerario. Canciones, banderas, lazos, estandartes. Cataluña entera vibraba en aquel recibimiento a sus hombres. Y como una síntesis y un símbolo máximos de Cataluña, Barcelona, que aquel día se había volcado en las calles y en los balcones para ver el regreso de los libertados.

Aquel día de la entrada en Barcelona tendrá siempre un perfil imborrable en la historia de la ciudad. Cuando la jornada acabó, cuando aquellos hombres pudieron verse libres de aquel clamoroso entusiasmo de la multitud, Luis Companys estaba extenuado, enfermo. Pero había que seguir. Ante él se abría un nuevo camino, erizado de peligros y dificultades. Unos meses más tarde, la guerra.

Talleres de Prensa Gráfica, S. A., Hermosilla, 73, Madrid

(Printed in Spain)